



Una crítica del espíritu que produjo la economía política

نقد للروح التي أدت إلى ظهور الاقتصاد السياسي

Muhammad Adel Zaky (*)

Facultad de Derecho, Universidad de Alejandría, Egipto
muhammadadel1972@gmail.com

Recibido: 15/07/2025

Revisado : 14/08/2025

Aceptado : 06/06/2026

Resumen:

Este trabajo propone una crítica de los fundamentos civilizatorios que dieron origen a la economía política como ciencia social europea. Se plantea la hipótesis de que la economía política es el producto de un espíritu moldeado por tres elementos fusionados de la civilización europea: el cristianismo romano, la gloria imperial romana y la ciencia griega. Estos elementos estructuraron colectivamente la manera en que la Europa moderna percibió, pensó y sistematizó los fenómenos económicos. El artículo deconstruye así los supuestos eurocéntricos de esta ciencia, mostrando que su universalización se basa en una exclusión implícita de otras civilizaciones. A través de esta lectura crítica, el autor aboga por liberar la economía política de su marco ideológico occidental, con el fin de convertirla en una ciencia humana abierta a la pluralidad histórica y cultural.

Palabras claves:

economía política, eurocentrismo, civilización europea, expansión colonial, ciencia griega, abstracción,

(*) Autor correspondiente: Muhammad Adel Zaky: makhlouf.halloub@univ-alger2.dz
Traducción al español realizada por: María González



الملخص:

يقدم هذا العمل نقدًا للأسس الحضارية التي أدت إلى نشأة الاقتصاد السياسي كعلم اجتماعي أوروبي. ويطرح أن الاقتصاد السياسي هو نتاج روح تشكلت من خلال ثلاثة عناصر متداخلة للحضارة الأوروبية: المسيحية الرومانية، ومجد الإمبراطورية الرومانية، والعلوم اليونانية. وقد ساهمت هذه العناصر مجتمعة في تشكيل كيفية إدراك أوروبا الحديثة للظواهر الاقتصادية، والتفكير فيها، وتصنيفها. وبذلك، تفكك المقالة الافتراضات الأوروبية المركزية لهذا العلم، مبينة أن تعميمه يقوم على استبعاد ضمني للحضارات الأخرى. ومن خلال هذه القراءة النقدية، يدعو المؤلف إلى تحرير الاقتصاد السياسي من إطاره الأيديولوجي الغربي لتحويله إلى علم إنساني منفتح على التعددية التاريخية والثقافية.

الكلمات المفتاحية:

الاقتصاد السياسي، المركزية الأوروبية، الحضارة الأوروبية، التوسع الاستعماري، العلوم اليونانية، التجريد.

(I)

La crítica de las ciencias sociales exige ante todo una crítica de los componentes de la civilización que las produjo y, por consiguiente, una crítica del espíritu que dio forma a dicha ciencia, a fin de poner de manifiesto sus leyes objetivas. Dado que la economía política es una ciencia de origen europeo, es necesario examinar los componentes de la civilización europea que la engendraron, con el objetivo de comprender las condiciones objetivas e históricas que condujeron a su aparición como ciencia social, tal como la conocemos hoy. Sólo a partir de ahí podremos criticarla tanto desde dentro como desde fuera. La hipótesis metodológica que aquí proponemos es que la civilización europea que produjo la economía política se compone de tres elementos interconectados, incluso fusionados, que influyeron en el surgimiento de la ciencia de la economía política, en la definición de su objeto y en su método. Estos elementos son:



- El cristianismo romano, o más precisamente el cristianismo después de su transformación romana;
- La gloria romana, heredada por el guerrero germánico;
- La ciencia griega, que históricamente se apropió de las ciencias de las antiguas civilizaciones orientales.

Examinemos ahora cada uno ⁽¹⁾ de estos elementos en la medida en que nos ayuda a desarrollar una conciencia crítica de los factores determinantes que marcaron la civilización productora de la ciencia de la economía política.

Primera parte: El cristianismo romano

El cristianismo – llamado así por Nazaret, la ciudad donde creció Jesús – nació en un entorno judío y continuó desarrollándose durante sus primeros años, extendiéndose por el Imperio romano hasta Siria, Asia Menor, Antioquía, Egipto y Grecia, hasta alcanzar finalmente Roma. Durante casi tres siglos (58–311), los primeros grupos cristianos fueron objeto de persecuciones y abusos. El carácter revolucionario del mensaje de Jesús, que se oponía a la opresión romana, era percibido como una amenaza directa a una unidad imperial basada en una organización militar estricta. Después de Jesucristo, el conflicto entre las diferentes direcciones apostólicas se convirtió en una fuente de tensiones que podía desembocar en una guerra civil, lo que llevó a Roma a considerar a los grupos cristianos como opositores políticos o rebeldes que debían ser reprimidos. Esta persecución oficial y organizada por el Estado continuó hasta que el emperador Galerio promulgó su edicto de tolerancia en el año 311 d.C., donde el Estado declaraba su tolerancia hacia el cristianismo. Con el Edicto de Milán del año 313 d.C., promulgado por el emperador Constantino (272–337), el cristianismo fue reconocido oficialmente, y se estableció el principio de neutralidad del Estado en los asuntos religiosos.

Durante este período, que se extiende desde principios del siglo I hasta mediados del siglo IV, se completó la estructura interna de la organización eclesiástica. Se redactaron los evangelios, se formaron



los rituales y se establecieron las oraciones – oraciones que el propio Jesús nunca había realizado – y se promulgaron las leyes de las confesiones de fe. Las funciones religiosas y las jerarquías sacerdotales se formaron en un marco de oscuridad y de monopolio progresivo de la enseñanza y de la verdad por parte de la institución eclesiástica. Cuando las tribus germánicas ⁽²⁾ invadieron el Imperio romano y constituyeron una amenaza para la capital, Roma, el emperador Constantino trasladó la capital del imperio a Bizancio, en el Bósforo, en el año 330. Allí, el cristianismo fue revestido de una forma imperial manifiesta. El período que va desde el reinado del emperador Constantino hasta el del emperador Teodosio (347–395), es decir, del año 306 al 395, fue suficientemente largo como para completar la edificación exterior de la organización eclesiástica y para que el cristianismo adoptara una forma romana. Suficiente para que el cristianismo se transformara del cristianismo puro de Nazaret en un cristianismo imperial. Durante este período, los emperadores se acercaron al clero y obtuvieron de ellos santidad y legitimidad.

Al mismo tiempo, la Iglesia comenzó a formarse como una institución paralela al palacio imperial. Sí, la Iglesia, dirigida por el patriarca, estaba sometida al poder del emperador bizantino ⁽³⁾, pero adoptó una forma imperial que correspondía a la propia creencia del emperador. El patriarca vestía el manto real, portaba el cetro adornado con joyas, llevaba la corona dorada en la cabeza y residía en suntuosos palacios, rodeado de una gloria que anteriormente sólo conocían los emperadores. Esto condujo a un monopolio reforzado de la institución religiosa sobre la enseñanza, en el que se convirtió en un crimen interpretar las Escrituras sagradas en contradicción con las opiniones del clero – los representantes de Dios – porque sólo ellos poseían la verdad que Dios les había revelado, ¡y únicamente ellos!

Bajo el reinado del emperador Teodosio, cuando el cristianismo se convirtió en la confesión oficial del Imperio y ya no se reconocía ninguna otra creencia religiosa, el Imperio fue dividido entre los hijos del emperador: Arcadio y Honorio. El Este fue atribuido al primero, y



el Oeste al segundo. Sin embargo, la parte occidental no resistió mucho tiempo los ataques germánicos; el Imperio romano de Occidente cayó, y surgieron nuevos reinos: los reinos pertenecientes a los reyes de las tribus germánicas. ⁽⁴⁾

Pero los reinos germánicos no se fundaron por sí mismos mediante la conquista de territorios. Se enfrentaron constantemente al mismo problema: cómo gobernar los nuevos territorios ⁽⁵⁾. Cuando cayó el Imperio romano de Occidente, Europa occidental quedó sin dirección. Como las tribus germánicas carecían de experiencia en la administración de imperios y en la gestión de instituciones, y como les interesaba que las administraciones romanas continuaran funcionando, y dado que la Iglesia era al mismo tiempo la única institución organizada que logró mantenerse como la más poderosa en Europa occidental tras la caída de Roma, la Iglesia romana acogió a las tribus germánicas y cooperó con ellas. Estableció sistemas administrativos, reglas de gobierno y políticas, y transformó a los jefes tribales y a los guerreros bárbaros paganos en cristianos piadosos ⁽⁶⁾. ¡La Iglesia romana convirtió al pagano germánico, al guerrero del norte de Europa, en un caballero romano! Llevó al hombre germánico, fascinado por el combate, a luchar por la doctrina divina, y no por el saqueo y el pillaje ⁽⁷⁾. De hecho, la Iglesia romana no solo transformó a las tribus germánicas en caballeros, ni solo convirtió a los jefes tribales en reyes que se coronaban, ¡sino que incluso los convirtió en emperadores romanos! Cuando el papa León III (750–816) colocó la corona sobre la cabeza de Carlomagno (742–814), rey de los francos, en el año 800, y lo proclamó emperador romano, y cuando el papa Juan XII (937–964) coronó al rey Otón I (912–973) de Germania como emperador del Sacro Imperio Romano Germánico en 962, heredero histórico del Imperio romano, fue la Iglesia romana quien creó a los emperadores.

Sea como fuere, cuando los ejércitos germánicos conquistaron los territorios del Imperio romano de Occidente, los jefes tribales, los nuevos reyes, tomaron el control de las regiones que ahora carecían de



gobierno central. Luego concedieron vastas extensiones de tierras a sus jefes militares a cambio de su obediencia y protección para sus tronos, y extendieron su influencia a cada vez más regiones, lo que condujo a la formación del sistema social feudal. En el marco de este sistema, nació la amarga y a veces sangrienta lucha entre los reyes y los grandes terratenientes por un lado, y entre los reyes y la Iglesia por el otro. Al mismo tiempo, se propagó la superstición y las condiciones sociales se deterioraron durante un período que duró cerca de mil años. Durante ese tiempo, la Iglesia romana logró consolidar su influencia política y social como la institución más poderosa de la Edad Media. A través de un estricto sistema jerárquico, la Iglesia comenzó a reforzar su influencia religiosa y temporal como la única institución que expresaba la voluntad celestial, ¡y la única fuente que confería legitimidad a los reyes y santidad a su gobierno! ¡También salvaba a sus súbditos de los pecados! Asimismo, la Iglesia trabajaba constantemente para preservar los enormes beneficios económicos que había obtenido en nombre de Dios, como el mayor señor feudal, el mayor recaudador de impuestos y el mayor asesino de hombres que pecaban con el pensamiento. Y Tolstói (1828–1910) resume la situación cultural de la época con las siguientes palabras:

“Tomen todas las referencias científicas de la Edad Media, y verán qué fuerza espiritual fiel y qué conocimiento sólido representaban, un conocimiento que no podía ser cuestionado en cuanto a lo verdadero y lo falso... Para ellos era fácil entender que el griego era la única condición necesaria para la enseñanza, pues era la lengua de Aristóteles, cuyos juicios fueron incuestionables durante varios siglos tras su muerte. ¿Y cómo no iban a exigir los monjes el estudio de las Sagradas Escrituras, que reposaban sobre fundamentos inquebrantables...? Es fácil comprender que la escuela debía ser dogmática cuando la conciencia crítica del hombre aún no había despertado, y que era natural que los alumnos memorizaran las verdades reveladas por Dios y Aristóteles, así como las obras maestras poéticas de Virgilio y Cicerón. Durante varios siglos después, nadie podía imaginar una realidad más veraz o más bella que la que ellos habían propuesto, y era fácil para la escuela medieval saber qué debía enseñarse cuando solo había un único método sin alternativa, y cuando todo giraba en torno al Evangelio y los libros de Agustín y Aristóteles”⁽⁸⁾.



También podemos resumir la situación social de los productores directos de la época a través de escritos contemporáneos que mostraban las pésimas condiciones de vida de estos pueblos oprimidos:

«Habían alcanzado un nivel en el que no había nada por debajo, como el hombre que conducía cuatro bueyes flacos que estaban tan débiles que se les podían contar fácilmente las costillas, y su aspecto era lamentable... Apenas tocaba el suelo cuando sus dedos salían de sus zapatos hechos jirones, y sus pantalones apenas cubrían sus rodillas, mientras que su mujer caminaba a su lado descalza sobre el hielo, y se veían manchas de sangre en sus pies. »⁽⁹⁾

Pero esta dominación de la Iglesia se fragmentaría a través de tres fases históricas, comenzando por la protesta, pasando por la separación entre la religión y el Estado, y concluyendo con un rechazo de la religión misma. Durante casi mil años, la dominación total de la Iglesia católica romana sobre el espíritu y el pensamiento de la sociedad europea no conoció desviación alguna⁽¹⁰⁾ hasta comienzos del siglo XVI, cuando Martín Lutero (1483–1546) lideró el movimiento de reforma religiosa, protestó contra el monopolio de la Iglesia sobre la interpretación de la Biblia y proclamó que la salvación venía por la fe y no por los sacerdotes, representantes de Dios, que vendían indulgencias⁽¹¹⁾.

Y si el movimiento de Martín Lutero, que fundó el protestantismo como un movimiento reformador contra el catolicismo, fue un primer paso para aislar socialmente a la Iglesia romana y al menos purificarla moralmente, la Paz de Westfalia (1648) representó el segundo paso en esa misma dirección. Tras una guerra sangrienta entre católicos y protestantes, e incluso entre ramas protestantes —luteranismo y calvinismo— que duró varias décadas y resultó en miles de masacres y millones de víctimas, se decidió oficialmente que se aplicaría el principio de no injerencia en los asuntos internos de los países, especialmente en lo relativo a la autoridad de la Iglesia, con la condena y prohibición para los príncipes de imponer a sus súbditos una religión o secta determinada. En particular, esto se dirigía a los príncipes alemanes. En ese momento, los europeos sintieron por



primera vez la libertad. Además, la conciencia europea comprendió que el conflicto religioso no era más que una repugnante lucha por el poder y el oro. Por ello, la conciencia colectiva se volvió hacia la ciencia para reaprender el mundo más allá de la religión, del clero y de la supremacía de la Iglesia, y así se debilitó la influencia de la Iglesia católica romana ⁽¹²⁾, la cual estaba fundamentalmente construida sobre la creación de una conciencia falsa.

Esto coincidió con la disolución del Sacro Imperio Romano y la disminución de la influencia del emperador romano, después de haber perdido unos 100.000 kilómetros cuadrados de territorio en las regiones bajas tras la declaración de independencia de los Países Bajos, así como de Suiza, y después de que Suecia expandiera su influencia hacia el norte. Además, el poder se fragmentó entre cientos de príncipes alemanes que declararon su independencia y cuyas autoridades fueron reconocidas oficialmente.

La Revolución Francesa (1789), que también fue una etapa importante en la confrontación con los déspotas entre los reyes y príncipes de Europa Occidental, constituyó el tercer paso en la disolución de la influencia de la Iglesia católica romana. Con la Revolución Francesa, la religión perdió su dominio más allá de las puertas de las iglesias; la vida social fue liberada del yugo de los representantes de Dios. En realidad, el rechazo colectivo del cristianismo, tanto como clero como religión, no fue el resultado de una revisión científica ⁽¹³⁾, sino más bien una consecuencia de duras circunstancias sociales que llevaron al odio hacia el poder del clero. Esto, a su vez, provocó una lucha implacable por aplastar el poder de la institución religiosa rechazando la existencia misma de la religión. Así, ya no fue aceptable tener un punto de vista religioso o una interpretación teológica de cualquier fenómeno social o natural.

Segundo: La gloria romana

A partir del siglo XI a.C., los romanos llegaron desde el este de Europa hacia la península itálica y fundaron Roma como su capital. Fascinados por la civilización griega, los romanos organizaron su



Estado, sobresalieron en el ámbito del derecho y comenzaron su expansión militar, hasta que los ejércitos romanos lograron establecer su dominio sobre toda la península itálica, para luego tomar el control de los antiguos reinos del mundo. Desde la isla de Gran Bretaña y las costas atlánticas al oeste, hasta Mesopotamia y el mar Caspio al este, desde Europa central y los Alpes al norte hasta el desierto del Sahara y el mar Rojo al sur, el Imperio romano se impuso como una potencia expansionista y colonial.

Cuando Roma cayó a mediados del siglo V d.C. y los reyes germánicos heredaron el sistema imperial, los estados de Europa occidental – en particular España, Portugal, Francia, Inglaterra y los Países Bajos – surgieron como reinos expansionistas que continuaron llevando la antorcha de la gloria romana. Así, el mundo entero se convirtió en un terreno para sus operaciones coloniales.

Era ideológicamente imposible considerar el mundo como un escenario para la extensión de las fronteras de estos estados coloniales sin adoptar una ideología colonial/excluyente, basada en la idea de que todo lo que no era europeo – tal como Roma consideraba su entorno – estaba fuera de la civilización y esperaba que Europa lo “civilizara”. Tal como Roma consideraba a los germanos como bárbaros, los germanos romanizados – y sus descendientes – consideraban a otros pueblos con la misma actitud condescendiente: las tribus de América del Sur eran paganas para convertir o quemar, ¡sus tesoros debían ser saqueados! Los africanos eran esclavos miserables. ¡Los árabes eran naturalmente rústicos e incivilizados! ¡Los musulmanes eran hordas salvajes! ¡La civilización, en todas sus expresiones y formas sociales, solo comenzó en Europa!

Con la aparición de estos reinos, la tarea del guerrero germánico se centró en la defensa del reino y la protección del rey. En una etapa posterior, se le exigirán tareas aún mayores y más nobles: la tarea sagrada se convierte en recuperar la tumba del Hijo de Dios mediante las cruzadas. ⁽¹⁴⁾ Cuando estas cruzadas, que tuvieron lugar desde finales del siglo XI hasta mediados del siglo XVI y que parecían tener



como objetivo recuperar la tumba del Hijo de Dios de manos de los árabes, concluyeron, la tarea sagrada evolucionó de la recuperación de la tumba a la difusión de la doctrina de Dios a través de la expansión colonial ⁽¹⁵⁾ entre los paganos y los infieles en América y África. ¡Predicar la religión de Dios bajo el estandarte de Dios nunca impidió, al mismo tiempo, saquear los tesoros de estos continentes, esclavizar a sus pueblos y exterminar a sus habitantes! ⁽¹⁶⁾

Y en una fase histórica relativamente más tardía, la tarea del guerrero pierde su forma religiosa y adquiere una dimensión nacional; el guerrero ahora es reclutado para defender a las nuevas clases dominantes en lugar del rey o de la iglesia. ⁽¹⁷⁾ La revolución industrial en Europa occidental aplastaría todos los lazos sociales centrados en el celo religioso, la moral aristocrática y los ideales caballerescos, y los reemplazaría por relaciones de intercambio de mercancías y beneficios monetarios. La constante revolución de los medios de producción aniquilaría la voluntad colectiva así como todos los valores e ideales superiores que antes dominaban la sociedad, y los reemplazaría por comportamientos marcados por un individualismo absoluto y un egoísmo extremo. Todo esto requirió una transición de un poder político absoluto —o incluso limitado por la influencia del parlamento o la iglesia— hacia un-Estado basado en instituciones que expresaban los intereses de la clase capitalista emergente, que entonces se convertía en la clase dominante. Esto también fue seguido por una transición del sistema feudal, basado en vastas propiedades territoriales y los siervos, hacia una estructura burguesa de la sociedad, fundada en la libertad económica, la propiedad privada de los medios de producción y el trabajo asalariado. Con este desarrollo y cambio en la estructura del orden social y sus instituciones centrales, al guerrero germánico —además de la misión de matar y destruir— se le asignó otra tarea, más importante: reforzar la influencia política y económica de los Estados europeos y afirmar su dominio cultural como Estados-nación coloniales en los países colonizados, que, tras su aparente independencia, serían transformados en Estados



políticamente, económicamente y culturalmente dependientes. Así, Europa, a través de sus guerreros, impuso su dominio cultural y civilizacional a partir de una visión unilateral del mundo, una perspectiva chauvinista de la historia de la humanidad y un enfoque excluyente que excluía todo lo que no era europeo de la historia de la civilización.

Tercero: La ciencia griega

El origen de la historia científica en Europa —y en el mundo entero— generalmente se presenta como iniciado en Grecia. Es en este país, como dice a menudo el historiador europeo, donde nació la ciencia; es allí donde surgieron la filosofía, la astronomía, la geometría, etc. ⁽¹⁸⁾ Pero la realidad histórica confirma que las primeras bases de estas ciencias se formaron en Sumeria, Babilonia, Asiria, Egipto, Fenicia y Persia. ⁽¹⁹⁾ El filósofo griego no era más que un heredero histórico —quizás un heredero talentoso y diligente— de esas civilizaciones. Recibió estas ciencias de las antiguas culturas orientales. ¡Quizás atribuyó, en secreto, gran parte, o incluso todo, ese saber a sí mismo! En todo caso, les debe mucho a esas antiguas civilizaciones. Lo más importante que el filósofo griego heredó de las antiguas civilizaciones orientales fue la manera en que se producía el conocimiento —y es el mismo método que el mundo islámico heredaría durante su edad de oro, para luego reintroducirlo en Europa durante el Renacimiento, donde se convirtió en la base misma del Siglo de las Luces. Se trata de un método basado en la clasificación de principios y fundamentos, en la distinción de lo común y en la recopilación de lo semejante, haciendo hincapié en el fenómeno que ocupa la mente y abstrayendo todo lo que es secundario y sin efecto. ⁽²⁰⁾ Este método sería denominado "abstracción".

La conciencia de que los Evangelios mismos fueron escritos en griego —y que es raro que un texto sea escrito en una lengua sin que esta lengua traiga consigo la cultura de esa lengua— así como el hecho de que muchos pueblos entraron al cristianismo con sus culturas y filosofías griegas e intentaron fusionarlas con la fe cristiana,



permitió que la ciencia griega (en particular su método de producción del saber) fuera salvada del olvido a través de tres fases históricas.

En una primera fase, pudo sobrevivir después de que el mundo helenístico fue desmembrado por los ejércitos romanos, gracias al papel fundamental que esta ciencia desempeñó en los debates teológicos dentro del Imperio Romano de Oriente ⁽²¹⁾ sobre la naturaleza de Cristo y del Espíritu Santo ⁽²²⁾ —especialmente durante los cuatro concilios de Nicea (325), Constantinopla (381), Éfeso (431) y Calcedonia (451)— donde cada corriente, así como la propia Iglesia, encontró su argumentación en la ciencia griega ⁽²³⁾ y utilizó sus ideas y conceptos para fortalecer sus enseñanzas y convicciones frente a sus opositores. Así, el Imperio Bizantino salvó la ciencia griega y preservó su método de conocimiento abrazando, en cierta medida, los conflictos intelectuales que se desarrollaban entre las diferentes corrientes cristianas.

En una segunda fase histórica, fue salvada por la civilización islámica, que la recibió a través de contactos culturales con Bizancio ⁽²⁴⁾ y la desarrolló (en Bagdad, Kairuán y Córdoba) durante los siglos que abarcan del siglo IX al XIV, para luego retransmitirla a Europa, en particular durante el período de las Cruzadas, que se convirtió en uno de los puentes intelectuales para el traslado del centro cultural del Este hacia el Oeste. Cuando Europa, especialmente las ciudades-estado italianas, finalmente aceptó esta herencia —lo que constituyó la tercera fase de la preservación del legado griego y de su método de conocimiento— estas ciudades iniciaron su sorprendente renacimiento global ⁽²⁵⁾, que, a su vez, abrió el camino para un examen y crítica de la ciencia griega misma durante la Ilustración, a través del uso del mismo proceso de pensamiento para la producción del saber, a partir del siglo XVII, marcando el nacimiento del pensamiento europeo moderno, fundado en la abstracción. Una abstracción que iba a ejercer su influencia en el mundo contemporáneo, tal como la ejerció a lo largo de toda la historia de la creación intelectual de la humanidad.

(II)



En este contexto, nació y se formó la economía política. Apareció como:

- Una ciencia abstracta que se basa en la clasificación de los fenómenos en los que se concentra, elevándolos por encima de todo aquello que no afecta al fenómeno estudiado. Excluye lo que es secundario, agrupa fenómenos similares, extrae rasgos comunes y deduce principios uniformes, sin dejarse perturbar por detalles que dificulten una comprensión crítica del fenómeno social estudiado.
- El estudio del fenómeno social en cuestión, separado de la religión, la cual ahora ha sido rechazada como una realidad social, no mediante una deconstrucción científica de la religión cristiana y temporal – lo que podría haber conducido al mismo resultado – sino por un rechazo del cristianismo mismo, desde el principio a través de una condena del poder del clero, los representantes de Dios, y una liberación de la opresión de la Iglesia, que monopolizaba la verdad social y esclavizaba las almas de millones de personas durante mil años. ⁽²⁶⁾
- Partiendo de Europa Occidental para explicar e interpretar los fenómenos que surgieron en Europa Occidental a partir del siglo XVII. Así, Europa Occidental como campo de análisis tanto histórico como factual. Excluyendo los estudios sobre la historia y la realidad del fenómeno en otras partes del mundo, con una negación de la existencia de cualquier otra civilización que no sea la europea. ¡Así, todos los fenómenos estudiados fueron considerados como históricamente únicos, y por tanto como fenómenos nacidos únicamente en Europa y luego difundidos desde Europa al resto del mundo! Entre los fenómenos que existían en el ámbito económico estaban, como veremos con más detalle después, la venta de la fuerza de trabajo y la producción para el mercado.

(III)

Así, se vuelve posible comprender la ciencia de la economía política de una manera que no solo permite criticar el cuerpo teórico de la ciencia, sino que va más allá para criticar el eurocentrismo, que dominaba la ciencia, definía sus fundamentos y formulaba sus



principios de manera racista. Esto apunta a liberar a dicha ciencia social del eurocentrismo que le ha quitado la increíble posibilidad de ser una ciencia humana universal. Al liberar la economía política de ese eurocentrismo, se vuelve posible utilizar sus herramientas intelectuales para estudiar los fenómenos de producción y distribución en todas las sociedades, a través del gran, lento y épico movimiento histórico, independientemente de cualquier sesgo dogmático ciego, para un futuro humano, justo y misericordioso, un futuro donde no gobiernen locos ciegos, un futuro que las civilizaciones humanas contribuyen a crear en el marco de un conocimiento humano unificado.

Notas a pie de página

- (1) La organización seguida según la metodología del texto no significa que un componente de la civilización europea sea más importante que los demás.
- (2) En el siglo I a.C., las tribus germánicas procedentes del sur de Escandinavia, del norte y del oeste de Alemania, invadieron Europa Occidental, dirigiéndose hacia el sur, el este y el oeste. En los siglos V y VI d.C., lograron conquistar la mayor parte de los territorios romanos en Europa Occidental, dominaron Alemania, Francia y España, y cruzaron las fronteras de Roma tras haber sometido todas las regiones italianas.
- (3) Así era en el Imperio Oriental, donde el emperador era el jefe de la Iglesia, y por tanto su poder superaba al del patriarca. En el Imperio Occidental, el poder religioso estaba separado del poder secular. Ambas autoridades tenían sus propias instituciones, desempeñando un papel decisivo en el conflicto constante que marcó la relación entre los dos poderes, como el conflicto entre el papa Gregorio VII (1015–1085) y el emperador Enrique IV (1050–1106) sobre el derecho a nombrar obispos, especialmente en el norte de Italia.
- (4) Para más detalles, véase: Christopher Dawson, *The Making of Europe: An Introduction to the History of European Unity* (Washington, D.C.: The Catholic University of America Press, 2003), capítulo cinco en particular.
- (5) En realidad, todas las invasiones germánicas en las fronteras del Imperio romano no fueron más que una expresión de su voluntad de saquear algunos de sus recursos y de ganar honor en el combate; eso era lo que confería honor y alto estatus a los germanos dentro de su tribu. Las tribus germánicas no tenían verdaderos proyectos de ocupación militar de los territorios romanos ni de expansión o



dominación militar. Para más detalles, véase: John Hirst, *The Shortest History of Europe* (Collingwood: Black Inc, 2009), p.

(6) Véase: François-Georges Dreyfus, Roland Marx, Raymond Poidevin, *Histoire générale de l'Europe, Tome 1: L'Europe de 1789 à nos jours* (París: Presses Universitaires de France, 1980), p. 239.

(7) De esta manera, ¡el guerrero germánico encontró una causa ideal por la cual luchar! Esta causa se desarrollará, como veremos en el texto, con la evolución social en Europa Occidental.

(8) Véase: Leo Tolstoy, *Tolstoy as Teacher: Leo Tolstoy's Writings on Education*, editado por Bob Blaisdell, traducido por Christopher Edgar (Nueva York: Teachers & Writers Collaborative, 2000), p. 98.

(9) Véase: M. Dobb, *Studies in the Development of Capitalism* (Londres: Routledge, 1947), p. 58. Y algo como: “Vemos algunos animales salvajes dispersos por el campo, negros, polvorientos, expuestos al sol, atados a la tierra que excavan con una perseverancia inquebrantable, y parecen hablar un lenguaje detallado. Cuando se levantan, sus rasgos recuerdan a los de los humanos. En realidad, son humanos que buscan refugio por la noche en sus agujeros, donde viven de pan negro, agua y raíces. Liberan a los hombres libres del trabajo de sembrar y arar para su sustento, y por tanto merecen no ser privados del amor que han sembrado.” Véase: Paul Hazard, *The Crisis of the European Mind, 1680–1715*, traducido por J. Lewis May (Nueva York: New York Review Books, 2013). ¡Sin mencionar las hogueras de brujas! Entre los siglos XIV y XVII, alrededor de 90.000 personas acusadas de brujería fueron quemadas, unas 35.000 solo en Alemania. ¡La mayoría eran mujeres!

(10) Si se omite la gran escisión entre la Iglesia Oriental y la Occidental en el siglo IV, donde las Iglesias Orientales fueron dirigidas por la Iglesia de Alejandría y las Occidentales bajo la dirección de la Iglesia de Roma, estas últimas comenzaron a ser llamadas Iglesias católicas y las primeras Iglesias ortodoxas.

(11) Por ejemplo, en 1517, el papa León X (1475–1521) emitió una indulgencia que abarcaba todo el mundo cristiano, con el fin de recaudar fondos para la construcción de la basílica de San Pedro en Roma. Para más detalles, véase: *The Oxford Dictionary of the Christian Church* (Oxford: Oxford University Press, 2005), pp. 261–264.

(12) Cuando el papa, al inicio de las negociaciones de Westfalia, se negó a firmar el tratado de paz, ¡fue ignorado!

(13) A pesar de las críticas de Marx y Engels al cristianismo, que generalmente se centraban en la crítica del espíritu religioso, el libro de Bakunin *Dios y el Estado* (1814–1876) podría considerarse la primera obra intelectual relativamente conocida (a pesar de su fragmentariedad y falta de método) que critica los versículos bíblicos, en particular los evangelios. Pero sigue siendo, en última instancia, una crítica fuera



de la conciencia europea/occidental. Para los detalles, véase: Mikhail Bakunin, *God and the State* (Nueva York: Dover Publications, 2019). Esto, definitivamente, con la excepción de la obra de Spinoza (1632–1677). En particular, el capítulo siete: Interpretación de la Biblia. Véase: Baruch Spinoza, *Tratado teológico-político*, traducido por Michael Silverthorne y Jonathan Israel (Cambridge: Cambridge University Press, 2007).

(14) Con el flujo del brillo civilizatorio procedente del cielo oriental, difundido por las flotas comerciales que navegaban el Mediterráneo, y con el deseo de Roma de someter Constantinopla y unificar el mundo cristiano bajo la sede papal de Roma, así como con la conquista del sur de Italia por parte de los normandos y la decisión de la Iglesia y la corte de deshacerse de su amenaza enviándolos a la costa siria en la guerra santa, el papa Gregorio VII (1015–1085) intentó reunir los ejércitos cruzados hacia Oriente con el pretexto de recuperar Jerusalén, la ciudad del Hijo de Dios, de manos de los musulmanes árabes. Pero murió antes de poder reunir los ejércitos, y su sucesor, el papa Urbano II (1035–1099), continuó su proyecto. Todas las clases sociales de la Europa feudal vieron una oportunidad de oro en su discurso pronunciado en Clermont, Francia, en 1095, donde incitó a la gente a marchar hacia la tumba del Hijo de Dios. Los campesinos querían huir de la pobreza y la miseria. Los nobles terratenientes querían conquistar más. Los nobles sin tierras, debido al derecho de sucesión feudal, querían tierras, símbolo de honor. El papa quería unificar el mundo cristiano bajo la bandera papal de Roma. Los reyes querían los tesoros de Oriente. Y tan pronto como las flotas de las ciudades italianas, en particular de Venecia, Pisa y Génova, penetraron en el Mediterráneo rumbo a la costa siria, con miles de guerreros europeos a bordo, estas ciudades atrajeron privilegios económicos y feudales en Oriente, y el conflicto se trasladó de Europa Occidental al Oriente. Los europeos no solo llevaron a sus guerreros, sino también todos sus problemas sociales y conflictos de clase. Los europeos llevaron consigo su sistema feudal, basado en el modelo germánico, que no era tan ajeno al sistema social vigente en Oriente. Los turcos selyúcidas habían desempeñado un papel importante en el establecimiento de sistemas feudales, y por eso fue fácil para el caballero cristiano reemplazar al caballero selyúcida. Los europeos también llevaron todos los conflictos entre el trono y la Iglesia. Para más detalles, véase: J. Dudo, *Histoire des institutions royales dans le royaume latin de Jérusalem 1099–1291* (París, tesis, 1894). Gaston Dodu, *Histoire des institutions monarchiques dans le royaume latin de Jérusalem 1099–1291* (Tesis presentada en la Facultad de Letras de París, París: Librairie Hachette et Cie, s.f.)

(15) El término "expansión colonial", para mí, engloba las dos fases de los descubrimientos geográficos y la colonización de las sociedades en América y África, ya que ambas fases compartieron el mismo fenómeno: el saqueo de las riquezas de los pueblos.



(16) Para la metodología detrás del saqueo de los continentes latinoamericano y africano, véase: Muhammad Adel Zaki, *Economía política del subdesarrollo* (Beirut: Centro de Estudios para la Unidad Árabe, 2012), pp. 224–245.

(17) Esto coincidía con el paso de la búsqueda de la voluntad de Dios a la interpretación de la voluntad del legislador civil. Del hecho de esperar el fin catastrófico del mundo a la revelación de las leyes objetivas que rigen la vida humana y organizan el movimiento del universo. Así, la Iglesia, e incluso el cristianismo mismo, se encontraron en un conflicto intenso con la ciencia. La Iglesia se vio obligada a retirarse y ceder el lugar a las teorías científicas que demostraron que los hechos históricos presentados en las Escrituras sagradas eran incorrectos y negaban científicamente las supersticiones descritas sobre la naturaleza, el origen y el desarrollo del universo.

(18) El libro de John Hurst, *A Short History of Europe*, aunque animado, es un ejemplo claro de la omisión de toda influencia de civilizaciones anteriores sobre la civilización griega y la ciencia griega, así como de la omisión de cualquier influencia de civilizaciones posteriores en la crítica a la ciencia griega. Véase: John Hirst, *The Shortest History*, op. cit., p. 87. Por el contrario, véase la obra original de George Sarton, *A History of Science*, especialmente el capítulo cuatro. Allí analiza, de manera precisa y objetiva, las fuentes de la ciencia griega derivadas de las antiguas civilizaciones orientales. Véase: George Sarton, *A History of Science: Ancient Science Through the Golden Age of Greece* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 1952). El libro *The Stolen Legacy* de George G. M. James va aún más lejos al intentar demostrar objetivamente las raíces egipcias de la filosofía griega. George G. M. James, *Stolen Legacy: Greek Philosophy is Stolen Egyptian Philosophy*, traducido por J. Lewis May (Nueva York: Philosophical Library, 1954). De igual modo, en el libro de Martin Bernal, *Black Athena*, Bernal, de la misma manera que George James, reinterpreta la historia de la filosofía griega buscando sus orígenes en Egipto y en las antiguas civilizaciones orientales. Véase: Martin Bernal, *Black Athena: The Afroasiatic Roots of Classical Civilization*, Volumen I (New Brunswick, NJ: Rutgers University Press, 1987).

(19) Sobre las ciencias de las diferentes naciones antes de los griegos, y entre los griegos mismos, véase por ejemplo: Muhammad ibn Ishaq Ibn al-Nadim, *The Fihrist of al-Nadim: A Tenth-Century Survey of Muslim Culture*, traducido y editado por Bayard Dodge (Nueva York: Columbia University Press, 1979); Šā'id al-Andalusī, *Science in the Medieval World: "Book of the Categories of Nations"*, traducido por Sema'an I. Salem y Alok Kumar (Austin: University of Texas Press, 1991); y Bar Hebraeus (Gregorio Abu'l-Faraj), *The Chronography of Gregory Abu'l-Faraj, the son of Aaron, the Hebrew Physician*, comúnmente conocido como Bar Hebraeus, traducido por E. A. Wallis Budge (Oxford: Oxford University Press, 1932).



(20) El mundo está regido por leyes simples, y sólo le queda al espíritu descubrir estas leyes y organizarlas lógicamente de manera sencilla para poder comprender el mundo que lo rodea. Trataremos esta forma de pensar en el capítulo cuatro.

(21) Aquí aparece claramente el papel de los sirios en la traducción de la ciencia griega y su introducción, particularmente en el mundo oriental. En Oriente, el espíritu oriental y sus escuelas en Antioquía, Nísibe, Edesa y Qinnasrin, entre otras, se mezclarán con la ciencia griega. Véase el papel de los sirios en: Bar Hebraeus, *The Chronography of Gregory Abu'l-Faraj*, misma fuente, p. 563.

(22) Es Jesús creador o creado? Y si es creado, ¿tiene la misma naturaleza que Dios o una naturaleza distinta? ¿O es Dios encarnado que une las características de la naturaleza divina con las de la naturaleza humana? Y si es así, ¿cómo puede ser esto lógicamente razonable? ¿Y qué hay de la Virgen María, es la madre de Dios? Pero ¿cómo puede nacer Dios? ¿Y el Espíritu Santo es eterno como Dios, o es creado? ... etc.

(23) Los santos Justino, Clemente, Atanasio y Basilio, por ejemplo, son considerados algunos de los primeros Padres de la Iglesia que utilizaron la filosofía griega y promovieron su aprendizaje y enseñanza con el fin de combatir doctrinas que contradecían los conceptos y principios “oficiales” de la Iglesia, como el marcionismo, el sabelianismo, el lucianismo, el arrianismo, etc. Para conocer la posición oficial de la Iglesia respecto al arrianismo –una doctrina que sería adoptada por las tribus germánicas en el este bizantino– así como el conflicto entre la doctrina oficial de la Iglesia y las diferentes corrientes teológicas influenciadas por la herencia helénica y helenística en la región mediterránea durante los primeros siglos del cristianismo, véase: Matta al-Miskin, *San Atanasio el Apostólico: su vida, su defensa de la fe contra los arrianos y su teología* (Wadi el-Natrun: Monasterio de San Anba Macario, 1993), especialmente pp. 56–60, 70, 383–440, 464–470.

(24) Cuando el Estado islámico comenzó a expandirse bajo el califato omeya, y se inició el encuentro cultural con Bizancio –especialmente bajo el califato abasí– con los pueblos sirios que, como ya hemos mencionado, contribuyeron significativamente a la iniciativa de traducción, la ciencia griega, entonces dominante en Bizancio, fue transferida al mundo islámico.

(25) De una u otra manera, se puede decir que la gran riqueza alcanzada en las ciudades italianas, especialmente en Florencia, tuvo un efecto decisivo en la fundación de la ciencia moderna. La vida en estas ciudades estaba marcada por los comerciantes, los ricos mercaderes y los artesanos eminentes. Cuando las circunstancias históricas condujeron a un énfasis creciente en la mejora y el desarrollo de los procesos técnicos relacionados con las actividades económicas, las ideas, especialmente entre los nuevos ricos, se orientaron hacia la revitalización de las antiguas literaturas y ciencias conservadas y transmitidas por los eruditos y pensadores musulmanes a través de los intercambios culturales, particularmente



durante las cruzadas que hemos mencionado anteriormente. Entre las figuras eminentes del Renacimiento italiano se encontraban Petrarca, Boccaccio, Ficino, Maquiavelo, Dante, Angelo, Rafael, Leonardo da Vinci, Tiziano, Palestrina y otros. Este Renacimiento se extendió desde finales del siglo XIII hasta el siglo XVII y abarcó la mayor parte de Europa occidental y central. Como dice Crowther: “El descubrimiento de nuevos conocimientos y la recuperación de los antiguos conocimientos estimularon los procesos de aprendizaje... y las universidades italianas se expandieron para satisfacer esta necesidad. Además de los italianos, hombres talentosos de toda Europa acudieron en masa a los centros activos del nuevo conocimiento. Copérnico venía de la costa báltica de Polonia, Vesalio de Bélgica y Harvey de Inglaterra para participar en el desarrollo académico y científico.” J. G. Crowther, *A Short History of Science* (Londres: Methuen Educational, 1969), p. 59.

(26) Y esto condujo posteriormente al surgimiento del proyecto intelectual crítico que cuestionaba la religión misma y las cuestiones éticas relacionadas con ella, como se observa en los escritos de Feuerbach (1804–1872), Max Stirner (1806–1856) y David Strauss (1808–1874). Véase, por ejemplo: Ludwig Feuerbach, *The Essence of Christianity*, traducido por George Eliot (Cambridge: Cambridge University Press, 2008). En particular: Parte II: La esencia falsa o teológica de la religión.

Bibliografía

- Bakunin, Mikhail. *God and the State*. New York: Dover Publications, 2019.
- Bar Hebraeus. *The Chronography of Gregory Abu'l-Faraj, the Son of Aaron, the Hebrew Physician, Commonly Known as Bar Hebraeus*. Translated by E. A. Wallis Budge. Oxford: Oxford University Press, 1932.
- Crowther, J. G. *A Short History of Science*. London: Methuen Educational, 1969.
- Dawson, Christopher. *The Making of Europe: An Introduction to the History of European Unity*. Washington, D.C.: The Catholic University of America Press, 2003.
- Dobb, Maurice. *Studies in the Development of Capitalism*. London: Routledge, 1947.
- Dodu, Gaston. *Histoire des institutions monarchiques dans le royaume latin de Jérusalem 1099–1291*. Paris: Librairie Hachette et Cie, n.d.
- Dreyfus, François-Georges, Roland Marx, and Raymond Poidevin. *Histoire générale de l'Europe*, Tome 1: L'Europe de 1789 à nos jours. Paris: Presses Universitaires de France, 1980.
- Feuerbach, Ludwig. *The Essence of Christianity*. Translated by George Eliot. Cambridge: Cambridge University Press, 2008.
- Hirst, John. *The Shortest History of Europe*. Collingwood: Black Inc, 2009.



Ibn al-Nadīm, Muḥammad ibn Ishāq. *The Fihrist of al-Nadim: A Tenth-Century Survey of Muslim Culture*. Edited and translated by Bayard Dodge. New York: Columbia University Press, 1979.

James, George G. M. *Stolen Legacy: Greek Philosophy is Stolen Egyptian Philosophy*. New York: Philosophical Library, 1954.

Oxford University Press. *The Oxford Dictionary of the Christian Church*. Oxford: Oxford University Press, 2005.

Ṣā'id al-Andalusī. *Science in the Medieval World: Book of the Categories of Nations*. Translated by Sema'an I. Salem and Alok Kumar. Austin: University of Texas Press, 1991.

Sarton, George. *A History of Science: Ancient Science Through the Golden Age of Greece*. Cambridge, MA: Harvard University Press, 1952.

Spinoza, Baruch. *Theological-Political Treatise*. Translated by Michael Silverthorne and Jonathan Israel. Cambridge: Cambridge University Press, 2007.

Tolstoy, Leo. *Tolstoy as Teacher: Leo Tolstoy's Writings on Education*. Edited by Bob Blaisdell. Translated by Christopher Edgar. New York: Teachers & Writers Collaborative, 2000.

Zaky, Muhammad Adel. *Political Economy of Underdevelopment*. Beirut: Center for Arab Unity Studies, 2012.